

ECONOMÍA

Lo que cabe hacer según Stiglitz

El precio de la desigualdad, el nuevo libro del premio Nobel, es todo un catalizador del pensamiento político

DOMINGO
CABALLERO

Al leer *El precio de la desigualdad* (El 1% de la población tiene lo que el 99% necesita), el libro más reciente de Joseph Stiglitz, premio Nobel de Economía, dará la impresión a algunos de haberlo ya leído. Sus análisis y sus propuestas se han convertido en el sentido común de la guerrilla antimercado soberano, lo que convierte a este autor en un apasionante catalizador del pensamiento crítico.

Bien es verdad que, quizá por norteamericano, Stiglitz no logra desprenderse de un débil concepto de clase social, ni mucho menos apuntarse a la agresividad resultante. Dar por bueno que los agresores máximos constituyen un grupo del uno por ciento es grave pecado sociológico. Torpe fue en su momento pretender abarcar la complicada heterogeneidad social por medio de dos únicas clases: proletarios y burgueses. Carlos Marx, a lo largo de su obra, detecta no menos de 18 clases sociales. Por otro lado, se equivocan quienes proclaman que son el noventa y nueve por ciento. Hay tantas y tales clases sociales entre «los de arriba» y «los de abajo» que muchos radicales pertenecen, un poco más o menos, a la cuadrilla de «los de arriba», porque piensan como ellos sin enterarse. Hay incluso cantamañanas que proclaman: «Todos somos clase media».

No albergo la menor duda de que Stiglitz está al cabo de la calle a propósito de esta problemática, a pesar del título de su libro. Porque si «los de arriba» son como los pinta Stiglitz con toda justicia y sólo fueran el uno por ciento, esto no duraba una semana.

Dice Stiglitz: «En algunos grupos (que incluyen a los pobres) se cree que los ricos han conseguido su riqueza a base de trabajar mucho». Una ocasión de tantas para sustituir el púdico concepto de «grupo» por el bronco de «clases». Ciertamente Stiglitz simplifica el panorama citando a

Warren Buffet, el banquero multimillonario. Dice Buffet, y dice bien: «Esto es una lucha de clases, y yo estoy con quienes han ganado». Pero Stiglitz lo cita como quien cita un chascarrillo audaz. Siempre hay varias clases sociales. Nunca dos. Aunque haya pactos y traiciones.

Pero dejemos situarse a Stiglitz: el punto de partida es «el dramático aumento de la desigualdad», que hunde sus raíces en «la interpretación ingenua de la economía bajo el supuesto de una competencia perfecta en un mercado perfecto». Y sigue Stiglitz: «El dolor que está padeciendo Europa, la gente pobre y los jóvenes, es innecesario». Y toca el nervio central: «La igualdad de oportunidades forma parte del folclore estadounidense»; ahora bien, «si las familias pobres suscitan nuestra empatía, las de arriba suscitan nuestra indignación», afirmación que le sitúa en ese terreno ético en el que vibran las pasiones bajo la forma de indignación, indignación por «las armas financieras de destrucción masiva», por «las insensatas hipotecas», por «la contabilidad creativamente deshonestas». Pero «aunque la codicia fuera intrínseca a la naturaleza humana no podemos cruzarnos de brazos, de suerte que hay que prohibir sus créditos a los banqueros y castigarlos».

«Prohibir» y «castigar», ¿son valores americanos? Seguro que sí, pero no por lo que piensan «los de arriba», los cuales quieren prohibir lo que los de abajo querían entronizar. En la palestra social los grupos luchan unos con otros precisamente porque no hay unos únicos «valores», sino una guerra de valores según clases. A veces parece como si Stiglitz contemplase una escala de valores homogénea, ¿menos uno por ciento? En cualquier caso, Stiglitz confía en que «otro mundo es posible», desiderátum que forma parte del mapa de la izquierda. He aquí la lista consabida: «Reducir el gasto en defensa», «subir impuestos a los millonarios», «aten-

ción sanitaria para todos», «pleno empleo», «voto obligatorio», «financiación pública de las campañas», «espacios electorales gratuitos». ¿Es esto «moderar el capitalismo»? (Stiglitz). Más parece una declaración de guerra. Bien es verdad que a continuación el programa queda algo aguado: «No se trata de eliminar la desigualdad (nos avisa Stiglitz), ni de crear una plena igualdad de oportunidades. Simplemente, reducir una y aumentar la otra». ¿Cuánto reducir, cuánto aumentar? Y, sobre todo, ¿quién tiene poder para hacerlo?

La Constitución de Cádiz definía a los ciudadanos españoles, casi obligatoriamente, como «justos y felices». Ser felices debería ser el objetivo en sociedad de todos los ciudadanos. Stiglitz contribuye con sus recetas, escribe, dicta conferencias, firma manifiestos y vuelca sus conocimientos de economista en varios capítulos del libro que comentamos. Con gentes como Stiglitz vamos sabiendo lo que habría que hacer. No sabemos cómo hacerlo con rotundidad. Habrá que ir tanteando. Dosificando la inevitable agresividad.

El precio de la
desigualdad
JOSEPH STIGLITZ
Taurus, 2012Conversaciones con
David Foster Wallace
STEPHEN J. BURN (ED.)
Pálido Fuego, 2012

LECTURAS

Ampara esos

Veinte entrevistas con David Foster Wallace, un grande de la literatura americana en perpetua fractura

RICARDO MENÉNDEZ
SALMÓN

El 12 de septiembre del 2008, a los 46 años de edad, David Foster Wallace se ahorca en su casa de California. Muere el hombre y nace el mito. El talento vivo da paso al genio interpretado, la obra se convierte en archivo, la biografía flirtea desde entonces con la hagiografía. Vanguardia de una generación de escritores no necesariamente constreñidos al ámbito norteamericano, Wallace ocupa un lugar ineludible a la hora de evaluar el sentido y objeto de la literatura contemporánea, pues a pesar de su prematura muerte deja una obra lo bastante decisiva como para afirmar que su nombre, como el de unos pocos de sus mayores (Barth, Gaddis, Pynchon), es ya patrimonio de las letras estadounidenses y, por extensión, de la literatura universal.

Conversaciones con David Foster Wallace es un libro importante por dos motivos: primero, porque en él Wallace

La brújula. POR EUGENIO FUENTES

Novelas del guionista de «La dulce vida»

Fino e irónico, a veces satírico, casi siempre con trasfondo trágico, Ennio Flaiano (1910-1972) fue narrador, guionista, crítico cinematográfico y periodista. Su amplia obra, que alcanza dimensiones colosales como autor de guiones (escribió para Fellini los de *La dulce vida*, *Ocho y medio*, *Las noches de Cabiria* o *Giulietta de los espíritus*), le está valiendo reconocimiento creciente en los últimos años en Italia, donde ya es considerado una pluma mayor del siglo XX.

Dos noches (1959) es un conjunto de dos novelas que operan la una como revés de la otra. Las dos están protagonizadas por escritores jóvenes, pero mientras que en la delirante *La mujer de Fiumicino* seguimos las andanzas del alegre y torpe conquistador Graziano, en *Adriano* son los pasos de una víctima del hastío existencial los que nos conducen a través de la trama. Graziano acabará envuelto en una aventura extraterrestre; Adriano, deambulando en coche, llegará a casa de Fellini. Los dos conducen al lector al corazón de la mediocridad en una Italia caótica.

Dos noches
ENNIO FLAIANO
Traducción de Miguel Ros González
Errata Naturae
222 páginas
18,90 euros

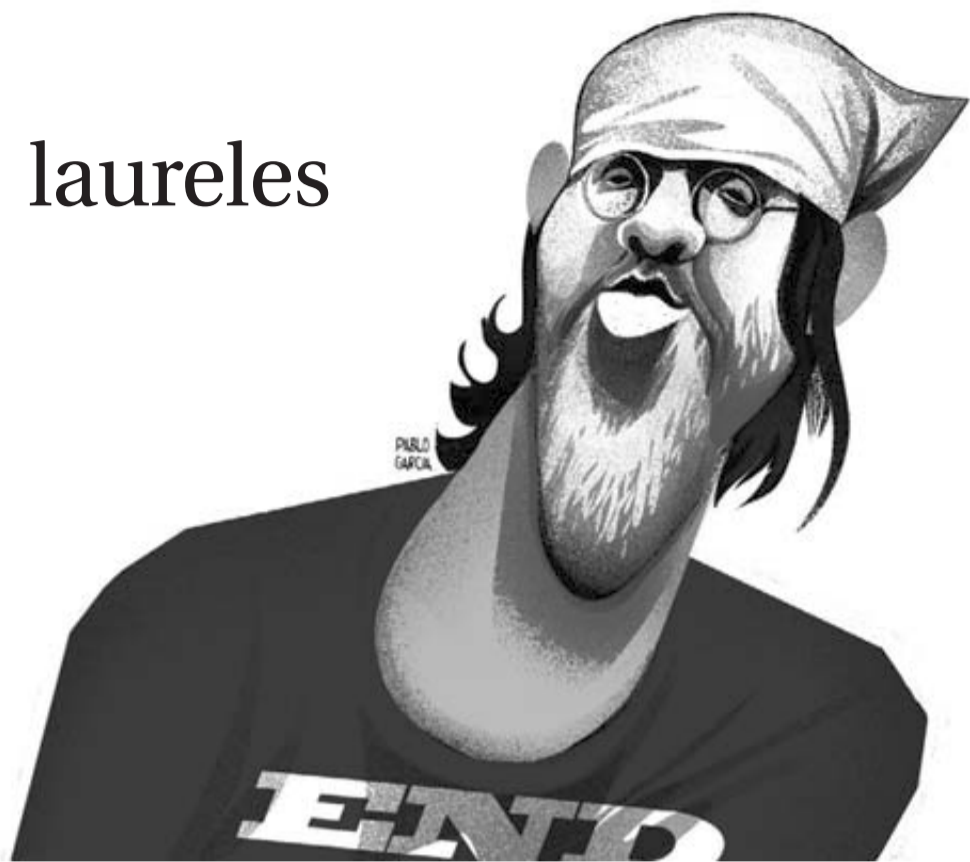
Antídotos contra el exceso de ombliguismo

La alemana Meredith Haaf tiene, para que se sitúe el lector, un poco menos de 30 años. Y está hasta más arriba de las cejas de lo que estima pasividad llorona de su generación. A decir verdad, hasta el término generación le molesta, porque no quiere tener nada que ver con toda la recua de paniaguados que se pasan el día quejándose sin hacer nada para remediar su situación.

En realidad, Haaf, que ha subtitulado su ensayo «Sobre una generación y sus problemas superfluos», pretende reflexionar sobre el porqué de tanta postración, pero entre reflexión y reflexión se le van colando hebras de la mala leche que le asalta al comprobar que está rodeada de personajes individualistas, nada solidarios, que reniegan del pronombre nosotros, reconcentrados en su ego digital de redes sociales, ajenos a cualquier utopía, angustiados en el fondo y, por encima de todo, inoperantes. Unos personajes a los que el rechazo de lo público lleva al desconocimiento de la política y, por tanto, a dejarse gobernar como corderos. Un palo muy razonado.

DEJAD DE LLORIQUEAR
SOBRE UNA GENERACIÓN Y SUS PROBLEMAS SUPERFLUOS
MEREDITH HAAF
ALPHA DECAYDejad de lloriquear
MEREDITH HAAF
Traducción de Patricio Pron
Alpha Decay
270 páginas
21 euros

laureles



reflexiona con singular agudeza acerca de su relación con la literatura; segundo, porque en él se insinúan claves que ayudan a comprender los motivos de su suicidio. De las veinte entrevistas seleccionadas por el editor del libro, **Stephen J. Burn**, a las que se añade una semblanza de **David Lipsky** redactada tras la muerte del escritor, emana una evidencia: Wallace fue un genio, palabra de la que a menudo se abusa, pero que en el caso del autor de *El rey pálido* no es hipérbole ni retórica, sino descripción fidedigna de una inteligencia privilegiada, que no se vio acompañada por una voluntad a la altura con la que poder enfrentarse a las inclemencias del mundo. Es una historia vieja como el dolor: el matrimonio entre el fulgor y la fragilidad.

Así, resulta que el hombre capaz de reinventar el arte de la no ficción con su visita al Festival de la Langosta de Maine, a un crucero de pensionistas por el Caribe o al rodaje de una película de **David Lynch**, el novelista empeñado en levantar abrumadoras summas sobre la búsqueda de una abuela experta en

Wittgenstein (¡sic!), una academia de tenis en un mundo regido por calendarios comerciales (¡¡sic!!) o la Hacienda americana como epítome del tedio (¡¡¡sic!!!), el mismo que llevó el arte del relato hasta cumbres como «El alma no es una forja» o «Encarnaciones de niños quemados», fue un titán de la literatura y un espíritu en perpetua fractura, una dialéctica transparente si leemos una declaración como la que sigue, en su entrevista con **Larry McCaffery** de 1993: «Tengo la profunda sospecha de que gran parte del propósito de la narrativa consiste en agravar esa sensación de encierro y soledad y muerte, para inducir a la gente a afrontarla, puesto que cualquier posible salvación humana requiere antes que nos enfrentemos a lo que nos resulta espantoso, a lo que queremos negar».

Quince años después de esta conversación, la literatura ya no bastó a Wallace para afrontar el «encierro y soledad y muerte» que somos. Por fortuna para sus contemporáneos, su obra, que se agiganta con el paso del tiempo, permanece inmune al balanceo de las horcas.

Hay quien ha visto al diablo



ROSA SALA ROSE

El diablo medieval era una criatura pintoresca, generalmente desnuda y cubierta de pelo, con rasgos de animal como los famosos cuernos, los pies de chivo o las alas de murciélago. Pero los tiempos cambian, y también nuestra visión de lo que encarna el Mal se va modernizando. Al fin y al cabo, también el diablo es un producto de nuestra cultura.

Se cuenta que **Martín Lutero** atacó al diablo lanzándole un tintero, lo que causó una mancha en la pared del castillo de la Wartburg que fue cuidadosamente preservada –y repintada– durante siglos para regocijo de los visitantes. En realidad Lutero había afirmado haber combatido al diablo con tinta –con la tinta, se entiende, de sus escritos–, y la mentalidad todavía medieval del momento, aficionada a tomarse las cosas al pie de la letra, inventó la historia del tintero.

Más sorprendente resulta que entre las glorias alemanas que tuvieron tratos con el diablo se encuentre también **Thomas Mann**. De julio a octubre de 1897, el joven escritor viajó a Italia con su hermano Heinrich. Pasaron la canícula y los primeros meses de otoño en Palestrina, donde se alojaron en la Casa Bernardini. Fue en un amplio salón de piedra de este albergue, a la hora de la siesta de un día especialmente caluroso, donde Thomas Mann tuvo su pequeño encuentro con el Mal. Apareció de repente sobre el sofá negro en forma de hombrecillo, y nada más verlo Mann supo enseguida que se trataba del diablo. Aún hoy una placa de piedra recuerda esta cita.

Naturalmente, Thomas Mann, que convertía en material literario todo lo que vivía o creía vivir, acabó plasmando esta insólita aparición en una novela, aunque tuvieron que transcurrir cincuenta años antes de que encontrara ocasión para darle voz al diablillo del so-

fá. Fue en **Doctor Faustus**, en el mismo escenario italiano de aquel primer encuentro.

Se trata de la escena en la que Mann nos presenta al compositor Adrian Leverkühn leyendo a **Kierkegaard** en la penumbra del salón, con las persianas bajadas para mantener a raya el sol italiano. De pronto Leverkühn siente una inexplicable oleada de frío, como si fuera invierno y se hubiera abierto una ventana. Al levantar la vista, ve a un hombrecillo sentado en el sofá con las piernas cruzadas. Viste una gorra deportiva, pantalones estrechos y una chaqueta a cuadros sobre una camisa de punto. ¿Fue también de esta guisa como lo «vio» en su día Thomas Mann? El caso es que el diablillo le exige a Adrian Leverkühn que renuncie al amor a cambio de su obra. «Te queremos frío –le dice–, tan frío que las llamas de tu producción apenas basten para calentarte. Pero será en ellas donde te refugiarás para huir de la gelidez de tu vida».

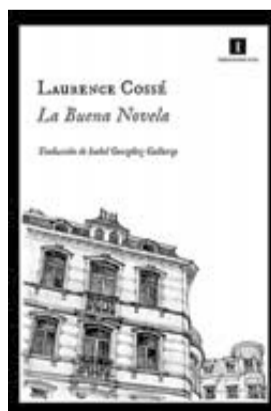
Ya ven, a diferencia de los infiernos medievales, con sus llamas y calderos, en nuestro mundo contemporáneo los infiernos son fríos y sus diablos se nos aparecen vestidos de calle. Hace unos meses vi un documental sobre un supuesto exorcismo practicado recientemente en algún lugar de la América profunda. Era una de esas casas con porche y jardín en las que el diablo se les aparecía a todos los miembros de una familia. La mujer incluso aseguró haber vislumbrado el infierno, al que describía como un lugar oscuro y frío, lleno de sentimientos negativos e impregnado de una terrible desesperanza. Me llamó la atención que aquella criatura a la que la familia identificaba con el diablo no fuera un bicho peludo, sino un señor vestido de traje y corbata.

El diablo de hoy lleva el uniforme del poder anónimo, de los políticos y de los banqueros. Aunque haya cambiado de apariencia, el diablo sigue siendo la encarnación de nuestros temores más profundos.

El precio de negarse a dar alas a la basura

Penúltima hasta ahora de las novelas de **Laurence Cossé** (1950), *La buena novela* comparte un rasgo nuclear con el conjunto de las narraciones de esta autora francesa: la crítica del poder. En este caso se trata del poder mediático-comercial, que ha vuelto tierra baldía buena parte del espacio de las librerías. Llámelo literatura industrial o, si son más groseros, basura sin más.

El lector que se acerque a la contraportada sabrá que *La buena novela* («Au bon roman») es una elitista librería parisina que sólo ofrece al cliente obras de primera calidad seleccionadas por un grupo de «sabios». La iniciativa desencadena pasiones, envidias y una intriga basada en un misterio literario que incluye amor, bibliofilia y muerte. Sin embargo, estas cuestiones no serán conocidas por el lector hasta alcanzar la página 70, ya que hasta ese momento se irán disponiendo ante sus ojos las piezas de un apasionante rompecabezas, edificado con una precisa escritura, riquísima en matices, sentido del humor y todo tipo de juegos metaliterarios. Mayor.



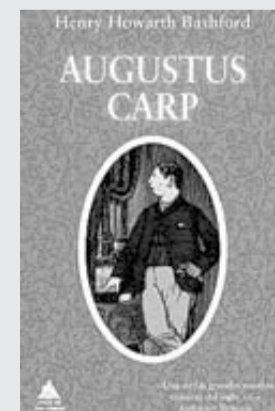
La buena novela

LAURENCE COSSÉ
Traducción de
Isabel González-Gallarza
Impedimenta
422 páginas
23,95 euros

La supuesta inocencia del hipócrita santurrón

Algunos de los rasgos que **Robin** –en realidad la dibujante **Marjorie Blood**– atribuye a **August Carp** en las sugerentes ilustraciones de este volumen dan a entender que el protagonista de la novela homónima es un perfecto imbécil. El labio y la mandíbula inferiores, por ejemplo. Otros rasgos, sin embargo, pueden originar el principio de un escalofrío. Véanse nariz y ojos.

En realidad, August Carp es el perfecto hipócrita moralista, aunque quede a criterio del lector determinar si él mismo es o no consciente de ello. Plenamente involucrado en el mundo eclesial, su vida y pasión es la denuncia de todos los vicios y defectos ajenos. Eso sí, tal vez para hacer buena la crítica de **Cristo** sobre vigas y pajas, calla como un ahogado sobre los suyos propios. El médico **Henry Howarth Bashford** (1880-1961), que lo fue de **Jorge VI**, publicó de forma anónima esta divertidísima y feroz sátira en 1924. Menos de un siglo después, figura con todos los honores entre las cien novelas inglesas del siglo XX que no se deben dejar de leer.



Augustus Carp

HENRY HOWARTH BASHFORD
Ilustraciones de Robin
Trad. de Claudia Casanova
Ático de los Libros
236 páginas
17,50 euros